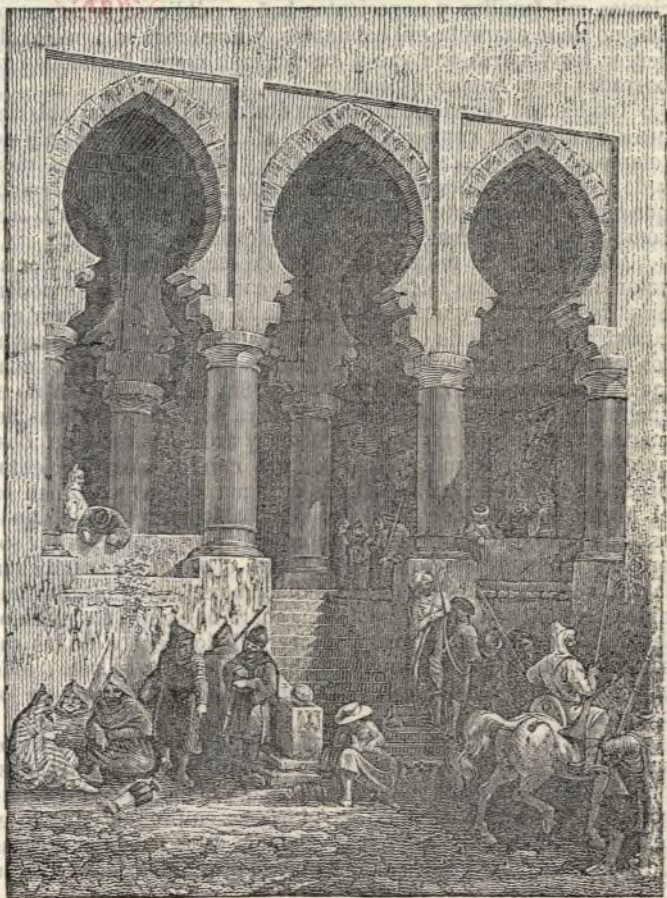


CRONICA ARABE-ESPAÑOLA.



ABDERRAMEN EL MAGNÁNIMO.

FUÉ un tiempo, amables niños, en que España, reino hermoso cuya tierra es tan fértil y cuyo sol es tan puro; fué un tiempo en que este país, hoy el principal estado religioso del mundo cristiano, se hallaba sometido á los califas musulmanes, quienes

reinaban en Córdoba, ciudad brillante, rica y alegre entonces, y ahora población triste y pobre.

Córdoba en tiempo de los moros no contaba menos de doscientas mil familias y novecientos baños públicos: en nuestros días no tiene cuarenta mil habitantes, y una fonda sola puede albergar los viajeros que van á buscar inútilmente las huellas ya borradas de su antiguo esplendor.

También en tiempo de los moros descollaba entre las poblaciones industriales y comerciales la ciudad de Córdoba, atestada de telares de seda, de talleres de dorados y molduras, de platerías, y de vastos almacenes de riquísimas telas. Todo ha desaparecido, quedando únicamente algunas mezquinas tiendas y dos ó tres sombrererías que mantienen á un centenar de personas.

Abderramen III fué un rey digno de eterna memoria por su valor, su amor á las letras, y el lujo con que revistió su poder. Si os hablásemos, queridos niños, de la ciudad de Zahara que edificó á dos millas de Córdoba, creeríais leer uno de esos cuentos tan ricos de esmeraldas y diamantes que deben haberos contado vuestras madres, amas ó niñeras. Sin embargo, esto no es cuento, y había en su palacio de Zahara doce mil columnas del mármol mas precioso: su plataforma y azotea parecia un bosque de naranjos: mil pájaros de oro con los ojos de piedras preciosas formaban mil saltadores de agua que se cruzaban en el ancho estanque de alabastro que había en el salon donde estaba el trono. Cien lámparas de cristal, proyectando la luz sobre sus innumerables tubos, convertían el techo de su pabellon favorito en un cielo estrellado de diamantes, cuyos fuegos reunidos presentaban el brillo del sol. Zahara no existe; los mármoles de sus columnas, el oro y el acero de los techos de las casas, el alabastro de sus fuentes públicas, todo se ha roto, todo está reducido á ceniza, y se halla mezclado con el polvo de los caminos.

Abderramen, llamado el Magnánimo porque perdonó á todos sus enemigos, murió cuando iba á cumplir setenta y dos años, pudiéndose llamar con justicia su reinado el medio siglo venturoso, pues fué muy fecundo en gloriosas empresas. Abierto el testamento del difunto monarca, contenía estas palabras escritas de su mismo puño y letra algunos momentos antes de exhalar su último suspiro:

«Cincuenta años han corrido desde que soy califa, y he gozado de todo, riquezas, honores y placeres: los reyes mis rivales me admiran, me temen y me tienen envidia, y el cielo me ha prodigado cuanto el hombre desea. En tan largo espacio de una dicha aparente, he ido contando los días en que me creía feliz, y asciende su número á ocho. Mortales, apreciad la grandeza, el mundo y la vida!!»

Alhakem, hijo y sucesor de Abderramen, que quería conti-

nuar el reinado glorioso de su padre, ser tan grande como él, y tambien tan dichoso; interrogó á todos los sabios que estaban encargados de escribir la historia de las hazañas de Abderramen; reunió á todos los secretarios íntimos, cuya tarea consistía en recoger los pensamientos del monarca difunto, y cuando sus inmensos trabajos estuvieron concluidos, Alhakem llamó á su corte á todos los sabios y filósofos de su imperio, y les rogó extrajesen ocho dias felices de los cincuenta años de mando. Hubo grandes debates y disputas violentas sobre esta cuestion importante, y se publicaron científicas disertaciones por unos y otros contendedores. Unos buscaban la felicidad en la gloria militar, y encontraban un gran número de dias felices; otros la hacían consistir en la afición al lujo, y tambien pasaban del número designado por Abderramen. Estos creían que la felicidad no era otra cosa que el reposo, y no podían hallar ocho dias de reposo completo en el curso de aquella existencia tan ocupada con los asuntos de gobierno: aquellos pretendían que únicamente la salud hace feliz al hombre, y solo veían tres dias de enfermedad en los setenta y dos años de Abderramen. Como el que lograrse descubrir los ocho dias de felicidad debía recibir muchas riquezas y alcanzar alta gloria, todos hicieron las pesquisas mas minuciosas, las cuales duraron diez años, durante cuyo largo período la biblioteca ya numerosa de los califas se enriqueció con muchos millares de manuscritos españoles, árabes y aun latinos. Aquellos libros ilustraban bien algunos puntos de moral y de legislación; pero su desacuerdo acerca del objeto importante de la reunion de los sabios dejaba indecisa la cuestion principal.

Los menos ambiciosos en esto de felicidad humana pretendían que los dias felices del califa habían sido mas de los que aseguraba; y miraban su última rebelacion como una blasfemia contra la Providencia que lo había colmado de bienes. Otros, tal vez mejores filósofos y mas verdaderos, no encontraban en la vida del gran rey tantos dias felices, ni que mereciesen semejante título. La discusión no llevaba trazas de acabarse, cuando Alhakem, cansado de tantas vigiliás, despidió la ilustrada asamblea.

Con el fin de encontrar por sí mismo la felicidad, cuyo ejemplo no habían podido presentarle tantos hombres eruditos, Alhakem se dedicó á organizar mas y mas el órden judicial, y siguiendo la costumbre de algunos príncipes del Oriente, descendía algunas veces hasta lo interior de las familias necesitadas, teniendo buen cuidado de ocultar su rango con trajes groseros, y no confiando mas que á un oficial de su palacio el secreto de sus correrías misteriosas por la ciudad.

Una tarde que Alhakem, acompañado de su confidente Habon-Hanifé, se paseaba disfrazado por las orillas del Guadalquivir, el barquero que remaba en la popa de la lancha, sin cuidarse del personaje á quien conducía sobre las tranquilas aguas del rio,

empezó á cantar, entonando con robusta voz un romance morisco, muy en boga entre los barqueros. Habon-Hanifé indignado de oír á aquel miserable que faltaba al respeto que se debía al califa, interrumpió el canto con un gesto amenazador; pero Alhakem, á quien habia gustado la hermosa voz del barquero, contruvo la ira de su compañero de incógnito, rogando al barquero que continuára el romance sin hacer caso de las amenazas del otro.

—«Puesto que vuestra grandeza, dijo Manson (así se llamaba el barquero) se distrae con mis cantares, entonaré uno que hubiera podido valerme tanto oro como cabe en mi lancha, y aun para comprar un palacio tan grande como el del visir, si el respeto y el estado de mis vestidos no me hubiesen impedido hacer oír mi voz en medio de una ilustre asamblea.»

—¿Qué asamblea es esa? le preguntó Alhakem, admirado de que un pobre barquero supiese canciones que podían valer tanto.

—¿Qué asamblea? dijo Manson; ¿cuál ha de ser sino la de esos sabios que tan mal han ganado el dinero de nuestro divino califa, el poderoso Alhakem, que Dios guarde.

Esta réplica interesaba no poco al sucesor de Abderramen, y renovó sus preguntas, diciéndole:

—Tendría curiosidad en saber lo que hubieras dicho á la junta de filósofos.

—Oh! ninguna, ninguna de esas graves y poderosas palabras que han acabado por formar en el espacio de diez años libros bastantes para cargar con ellos á cien camellos. Yo hubiera hablado mal, porque no soy doctor; pero estoy seguro al menos de que hubiera cantado bien la canción de Adjaid mi padre, canción la mas á propósito para ponerlos de acuerdo.

—Y bien! veamos la canción del poeta Adjaid, dijo Alhakem, y si es verdad que vale mas que todos los tesoros con que los sabios de España y de Arabia han enriquecido en diez años la biblioteca del califa, te empeño mi palabra de que tendrás oro con que llenar tu lancha y aun comprar el serrallo del visir.

Manson se quedó estupefacto al oír hablar de este modo al pasajero; mas como era hombre de buen sentido, conoció que sus promesas no estaban muy de acuerdo con la pobreza de los vestidos del que acababa de hablarle, y así le dijo.

—Gloria á Mahoma! piedad á los locos, y respeto á los pobres, señor mio. Me creéis loco, y queréis burlaros de mí; pero yo que os juzgo mas capaz de pedirme gratis que os lleve en mi barca, que de recompensar con tesoros mi buena voluntad, voy á probaros que Manson el barquero no se enfada por una broma: aun mas, como el día no ha sido malo, y vuestro paseo no me aleja de mi camino, os llevaré hasta Zahara sin exigir el precio de mi trabajo si consentís en escuchar hasta el fin la canción de mi padre; me contento con que tengais paciencia.

—Es muy larga tu canción? preguntó Habon-Hanifé.  
 —Duermo con ella, contestó Manson, á mis cuatro hijos uno despues de otro, y solo he cantado la mitad del romance de Adjaid.

—Y cuando has dormido á tus cuatro hijos ¿cuántas estrofas te quedan?

—Cuatro, señor pasagero; todas son ocho, porque con siete no estaría completa la historia.

—Ocho estrofas? replicó Alhakem; y por qué son ocho?

—Porque el gran califa Abderramen contó ocho dias felices cuando fué á visitar á mi padre Adjaid por última vez.

Alhakem, profundamente conmovido, dijo al barquero que cantase, y Habon-Hanifé, que hasta entonces habia mirado á Manson con aire de insultante desprecio, le miró con cariño. Manson meditó un rato, y despues cantó lo que sigue, golpeando las aguas del rio con los remos, que marcaban el compás arreglándose á los sonidos de su voz.

#### CANCION DE ADJAIID.

«El que manda á los reyes de la tierra, se presentó un dia en la morada del pobre.

»No iba entonces como un tiránico jefe, sino como un hermano que busca á sus hermanos, como un amigo que vuelve al seno de sus amigos.

»El monarca dijo al barquero:

»Presta atento oido á mi voz, y revela al pueblo los secretos de una felicidad que en mi corte no podrian comprender.

»Adjaid se prosternó ante el califa; el gran califa le levantó, tendiéndole la mano, y Adjaid cantó de esta manera:

#### I.

«No, la felicidad no consiste en la victoria!

»Era un dia en que Zamora, rebelde para con su rey, acababa de sufrir el castigo que por sus crímenes merecia: la sangre inundaba las calles, el incendio de las casas alumbraba la horrible carnicería, los caballos fijaban sus duros cascos sobre los magullados cadáveres, y aquellos á quienes no habia alcanzado el fuego, eran aplastados por las abrasadas vigas que se desprendian del techo de los edificios.

»Zamora, coronada la cabeza de llamas y con los pies bañados en sangre, gritaba en su agonía: *perdon! perdon!*; pero esta palabra que resonaba por todas partes, era acogida con gritos de venganza por los vencedores.

»¿Qué hacia Abderramen, el gran califa, cuando sus soldados, ébrios con la victoria, recorrían las calles de Zamora al galope precipitado de sus impetuosos corceles?

» Abderramen habia envainado su cimitarra, y ocultando bajo su capa de púrpura un niño pequeñito, lo depositó en un lugar seguro, y despues se encaminó con lento pasa hácia la campiña buscando á una pobre madre, á quien debia hallar entre los fugitivos, porque no habia visto ninguna mujer moribunda junto al abandonado niño.



» Caminó el califa mucho tiempo, y al llegar cerca de una casa de campo, vió una mujer en uno de los balcones llena del mas profundo dolor, que dirigía sus desconsoladas miradas al punto de donde él venia.—Sabeis, le dijo el califa, quién podrá encargarse de la crianza de un niño abandonado?—Un niño! exclamó la mujer disponiéndose á bajar al encuentro del emperador.—En tanto éste volvió al lugar donde habia dejado el niño, y lo tomó en sus brazos volviendo á la casa de campo. Al llegar, separó el niño los pligues de la capa ó bournous que le cubría, tendiendo sus manitas á una mujer que acababa de caer desmayada á la puerta de la casa.

—»¿No es este el hijo que buscas? dijo Abderramen, presentando á la fugitiva el niño que hacia esfuerzos para librarse del califa.

»La mujer no respondió; pero abrazó al pobre niño con tales extremos, que el califa conoció era su madre.

»El vencedor de Zamora le entregó su hijo sin decirle: «soy Abderramen, gran califa!» porque no quería que su nombre turbase la alegría de la pobre madre. Abderramen permaneció á su lado todo el dia saboreando el placer que le habia proporcionado su accion, y hasta la mañana siguiente no volvió á la ciudad sometida.

—»Aquí teneis la primera estrofa, dijo Manson á sus oyentes, que envueltos en sus largas capas de lana blanca, parecian mas bien aletargados que pensativos. Si vuestras grandezas, continuó el barquero, quieren que no siga, lo sentiré por la memoria del poeta Adjaid mi padre, mas obedeceré.»

Alhakem arrojó al cantor ocho monedas de oro, y Habon-Hanifé le dijo: «continúa!»

Mientras Manson, sorprendido de la generosidad del pasajero, se reponia de su emocion, Alhakem escribia en sus tabletas de marfil: «Ofrecer el perdon á los insurrectos de la sierra de Almazan, y fundar un asilo para los niños extraviados.»

El barquero prosiguió:

## II.

«No, la felicidad no consiste en la abundancia de bienes!

»Era un dia en que el califa y su corte, armados de caza, recorrían, al son de los cuernos y el ruido que levantaban los caballos, las fértiles campiñas de Córdoba. De pronto se cubrió el cielo de nubes, y la oscuridad mas densa reemplazó á la brillante luz del dia, como si un extenso velo hubiese entoldado el cielo, poco tiempo antes diáfano y azul.

»Los relámpagos, cruzando sus vivisimos fuegos, iluminaban á ratos los tenebrosos caminos; el agua caía á torrentes, y asustados los caballos con los repetidos truenos, conducian sus ginetes á sitios donde solo se habian albergado hasta entonces los indefensos pajarillos.

»¿Qué hacia Abderramen, el gran califa, en tanto que su comitiva dispersa y errante procuraba inútilmente volver á su lado, y su corcel habia venido á tierra, herida la cabeza con el tronco de un árbol secular, y desgarrados los lomos con agudos espinos?

»Caminaba en compañía de un pobre labrador, y se habia preservado de la lluvia, gracias á la mitad de la capa de su compañero de camino.

—»El califa es feliz, decia el labrador, porque tiene tiendas

de terciopelo, de acero y de maderas doradas, al paso que nosotros solo tenemos para cubrarnos esta pieza de lana que ahora nos tapa á los dos; pero la capa del pobre es grande cuando se puede abrigar con ella al prójimo.

—»Sí, repuso Abderramen, como es grande la mesa del pobre cuando hace que un amigo se siente á ella.

—»Sedlo mio hoy, dijo el labrador, y cenaremos juntos.

Abderramen siguió al labrador á su cortijo, en el cual habia tres doncellas que servian á su padre con cariño, y acogieron al forastero con gusto.

—»El califa es feliz, dijo el labrador, porque tiene mil esclavos que le sirvan á la mesa.

—»Si el califa es dichoso, repuso Abderramen, es porque vé que la hospitalidad es apreciada en sus estados, y sobre todo es dichoso al ver el cuadro del amor filial. Los esclavos le sirven de rodillas en su palacio: aquí se le invita con dulce sonrisa.

—»Y hé aquí cómo supo el labrador que su huesped era el gran califa, siendo para éste aquel dia el segundo de su felicidad.»

Manson el barquero hizo una pausa, y Alhakem sacó de su bolso diez y seis monedas de oro; pero entonces, en vez de arrojárselas como una limosna, ordenó á su teniente que se las entregase con política. En seguida escribió: «levantar tiendas en los caminos reales, para que sirvan de abrigo á los viajeros sorprendidos por las tormentas.»

Manson continuó:

### III.

«No, la felicidad no consiste en un vano renombre!

«Era un dia en que se convocó al palacio del califa una grave é ilustrada asamblea de los mejores poetas, moralistas y legisladores, para coronar al autor de la obra mas bien escrita en el año precedente. El que obtuviese el premio debía ser paseado por la ciudad, entre las aclamaciones del pueblo, en un carro guarnecido de oro y plata. Libre el concurso para todas las inteligencias, que podian concurrir sin revelar su nombre, el soberano de Córdoba, á quien solo faltaba una gloria, aguardaba con impaciencia la hora en que el docto presidente de la asamblea colocase la corona del genio en su frente, ya adornada con tantas diademas; porque Abderramen, sin descuidar los negocios de estado, habia compuesto en sus ratos de ocio un tratado poético de moral y legislación. Su manuscrito, como el de los demás concurrentes, solo tenia un número del orden que debía ocupar en la lectura, y nada distinguia la obra del califa de las obras de sus competidores.

«¿Qué hacía Abderramen, el gran califa, mientras una legion de escritores rodeaba la tribuna en que se debía pronunciar el voto, y la multitud de curiosos que no habia podido penetrar

en el salón, admiraba allá fuera el carro cubierto de piedras preciosas, y los doce blancos corceles que sacudían con nobleza sus crines, haciendo sonar las campanillas de oro de su magnífico atalage?

«Abderramen, inquieto entonces y desasosegado, porque pensaba en la suerte que podría caber á su poema, había ido á un arrabal de la ciudad en busca de un monje anciano, cuyo profundo saber le habían alabado.

«Salud al califa! le dijo el anciano al verle entrar en su casa.

«Respeto á mi maestro! respondió Abderramen, y añadió: «no soy el soberano que viene á honrarte con su presencia, sino el discípulo que quiere consultarte.» Cuando Abderramen expuso el objeto de su visita, el monje olvidó al califa de las Españas para no ver mas que á un poeta sin nombre que iba á pedirle consejos, y á quien tal vez sería preciso animar. Abderramen le recitó sus versos, y el monje le escuchó en silencio: luego que el poeta acabó, le dijo con frialdad el anciano: «alcanzarás el premio!»

«Abderramen se levantó lleno de noble orgullo.

«—Espera un momento, le dijo el monge: á dónde vas?

«—A recibir la corona, y decir á mi pueblo que no solo lo manda un gran capitán, sino un gran poeta!

«—Califa Abderramen! repuso el monge, te creo de un alma bastante noble para pensar que no te han inspirado un vano sentimiento de orgullo las bellas máximas de tu poema: has querido ilustrar á los hombres, servir á la humanidad, y dotar á tus súbditos de verdades nuevas. ¿Qué te importa que brille en tu frente una corona mas y ser proclamado poeta; cuando yo te llamo bienhechor de los humanos? Mira esas paredes: ves esas coronas colgadas de las pilastras?.. Hace veinte años que obtengo el premio sin que los jueces sepan á quien adjudicarlo: mis libros han sido declarados por buenos; se ha dicho que mis máximas son útiles; las leyes que he formado las has adoptado tú, y en el silencio de mi oscuro rincón he gozado con el bien que he hecho y con la gloria que me hubiera disputado la envidia. Revela hoy tu nombre, y se dirá de tu poema que es la obra imperfecta de un hombre: arrebatá tu nombre á la envidia, y acaso se dirá que es la obra sublime de un Dios!

«Abderramen volvió á palacio cuando acababan de premiar su poema, y el presidente de la asamblea había llamado por tres veces al vencedor para colocar en su frente la corona del poeta. Vió su triunfo, sin que tuviese necesidad de fingir modestia, y sin temor de ofender á sus desgraciados rivales con la sonrisa de placer, que se escapa al menés orgulloso. Fué feliz con su victoria; pero lo fué mucho mas cuando vió en el carro triunfal la estatua velada, que representaba al poeta desconocido.»

Manson el barquero soltó los remos para enjugar el sudor que corría por su frente, y Alhakem escribió en sus tabletas: «levantar una mezquita en nombre de los bienhechores desconocidos de la humanidad: allí se rogará por mi padre todos los días.»

Después se levantó precipitadamente, y dijo al barquero: «el tesorero del califa Alhakem te debe ahora treinta y dos monedas de oro.»

—Y quién ordenará que me las entregue?

—Yo, que debo ser obedecido, porque soy su rey y el tuyo.

Manson quiso arrojarle á los pies del califa; pero este lo contuvo, y haciéndole sentar en el flexible banco de su lancha, luego que el barquero volvió de su sorpresa, entonó la cuarta estrofa:

#### IV.

«No, la felicidad no consiste en la embriaguez del orgullo.»

»Era un día en que Córdoba y Zahara celebraban el vigésimo aniversario del advenimiento de Abderramen al trono de España.

»Las calles estaban regadas de flores y de odoríferas hojas: las banderolas y los estandartes flotaban en las ventanas de las casas, y mil vasos de colores adornaban los monumentos. Los músicos, colocados frente al pabellon imperial, cantaban al son de una música guerrera las gloriosas hazañas de aquel reinado inmortal, y el pueblo en su entusiasmo invocaba á Dios, gritando: «Allah!»

»¿Qué hacía Abderramen, el gran califa, mientras los cortesanos y el pueblo ensalzaban á porfía sus triunfos y su dicha?

»Abderramen, encerrado en su gabinete, se puso sus vestidos de pastor, que un montañés del Atlas le había llevado para aquel día en un cofre de madera groseramente hecho. El califa se había quitado el manto imperial guarnecido de diamantes, y cubierto con una simple piel de carnero, ruda, cubierta de lana y apenas cosida, olvidaba el boato de la corona para recordar sus días de tranquilidad y de miseria; olvidaba á su pueblo, y se acordaba de su rebaño, al cual mas de una vez había salvado de las garras del leon y los dientes de la pantera.

»Abderramen fué tan feliz con sus recuerdos, que todo el día tuvo puesto el traje de pastor, y encima sus brillantes vestidos de califa.»

Alhakem dijo al barquero que su tesorero le debía otras treinta y dos monedas de oro, y escribió: «instituir la fiesta de los pastores; distribuirles todos los años un vestido nuevo; dar un premio al que guarde mejor el ganado, y presidir la fiesta con el sencillo y precioso vestido de mi padre.»

—Veamos tu quinta estrofa, dijo Alhakem, y Manson continuó:

## V.

«No, la felicidad no consiste en la venganza!

«Era un día en que debía morir en el cadalso un reo de estado: el pueblo se agolpaba á presenciar la ejecucion, y esperaba con impaciencia el momento en que sería castigado el que se habia atrevido á rebelarse contra su rey.

«¿Qué hacía Abderramen, el gran califa, mientras el verdugo acababa los preparativos del suplicio, y el sentenciado contaba con angustia los últimos momentos que le quedaban de vida?

«Triste y pensativo se paseaba Abderramen en la larga galería de mármol, donde los tigres y los leones de su casa de fieras jugaban detrás de los dorados barrotes de sus sólidas jaulas.

«De pronto se paró el califa delante de su leon favorito Zaoul, que tenia entre sus garras á una liebrequilla, la cual habia entrado aturdidamente en la jaula del terrible animal. Parecía que el leon se gozaba en el terror que inspiraba á su presa, y el fuego de sus ojos daba á entender que habia llegado el fin de la pobre liebrequilla.»

—«Zaoul, dijo el califa; ten piedad de tu víctima... la fuerza no constituye el derecho, y hay una virtud que nos ordena proteger á los débiles.

«Zaoul no entendió el discurso de su amo; pero sea por capricho, sea por generosidad, levantó una de sus anchas patas que pesaba sobre el cuerpo de la liebre, y despues de un momento de duda, levantó la otra pata, y volviendo la cabeza con desden, dejó partir al temeroso animal, que se deslizó como un rayo por entre los barrotes de la jaula.

«Abderramen se acordó de que podia perdonar al sentenciado, y así lo hizo, sin que jamás hubiese tenido un sueño tan dulce como el de aquella noche.»

Alhakem escribió: «perdonar á Maladjami, hijo de los enemigos de mi raza.»

—«Cuántas monedas de oro vale esa estrofa? preguntó al barquero luego que dejó de escribir el califa.

—Segun la cuenta de vuestra grandeza, sesenta y cuatro; pero no me atrevo á creer....

—Continua, le interrumpió el hijo de Abderramen: el tesoro de la corona te debe sesenta y cuatro monedas de oro.

Manson creyó que soñaba, y se puso á cantar. Habon-Hanifé se habia dormido.

## VI.

«No, la felicidad no consiste en la impunidad!

«Era un día en que debía colocarse la primera piedra de

una gigantesca columna destinada á perpetuar el reinado glorioso del soberano de Córdoba.

»Para hacer una plaza, y aislar enteramente la columna de las habitaciones contiguas, el arquitecto, sin respetar los derechos de propiedad, habia hecho derribar veinte cásuchas habitadas por pescadores, que con los ojos llenos de lágrimas, llevando á cuestras sus redes y seguidos de sus pobres hijos, habian marchado en busca de otro abrigo.

»Todas las poblaciones de las cercanías habian acudido á Córdoba para presenciar la imponente ceremonia, y los soldados no podian contener la irrupcion de la multitud, que acabó por invadir el cerco formado con una doble barrera de hierro y de centinelas armados.

»¿Qué hacia Abderramen, el gran califa, mientras cuatro esclavos negros ponian á sus pies la piedra que habia de servir de cimiento, y su primer visir le presentaba de rodillas la palanca de plata sobredorada con mango de ágata oriental?

»Abderramen miraba una veintena de mulos conducidos por aldeanos que marchaban con los pies descalzos y un cordel al pescuezo. A la cabeza de aquella singular caravana iba un anciano de blanca y luenga barba, que llevaba en la mano derecha la vara dorada, símbolo de la justicia, y al cuello un cordón de seda y oro.

»Luego que la caravana se halló á diez pasos del califa, el anciano se adelantó, y con voz entera, dijo enseñándole el cordón que colgaba de su cuello: «estoy dispuesto á morir; pero permítame que te hable, que ya tendrás tiempo para decretar mi suplicio.»

»Abderramen le dió permiso para hablar, y el anciano continuó:

»Los infelices que estan de rodillas delante de tí tenian en este mismo sitio la herencia de sus padres: rehusaron venderla, y han sido despojados violentamente, derribándose sus casas para levantar el monumento de tu orgullo. Está escrito que la única gloria que no perece es la que se funda en la virtud, y tambien está escrito que no debe edificarse sobre la injusticia, porque semejante á la arena movediza del desierto, la tierra usurpada tiembla al peso de los monumentos del usurpador, y los derriba muy pronto. Para disminuir el peso terrible que debe hundirte á los ojos de Dios, yo encargado en administrar justicia, te he condenado á sufrir por diez años, que los desgraciados á quienes se ha despojado en tu nombre de su lejitima propiedad se lleven un saco de tierra, y esto todos los dias, á fin de que tu usurpacion se vaya descargando á medida que saquen tierra, y sus huesos puedan mezclarse al polvo que cubrió á sus abuelos.»

»Luego que dejó de hablar, Abderramen le miró en silencio, y despues le tendió la mano, le cubrió con su manto forra-

do de pieles de armiño, y anunció en alta voz que la columna triunfal no se elevaría en aquel sitio, porque era para él suficiente gloria reemplazar las veinte casuchas destruidas en su nombre con veinte viviendas sólidamente edificadas á costa de su tesoro.

Por sexta vez hizo Manson una pausa, y Albakem, que no habia sollado sus tabletas, escribió: «abolir en mis estados la confiscacion de bienes.»

«Serán ciento veinte y ocho monedas de oro, murmuró el barquero»

—Y además prohiaré á uno de tus hijos para hacerlo rico y dichoso, dijo el califa.

Manson se inclinó con respeto, y siguió su romance mientras roncaba Habon-Hanifé.

## VII.

«No, la felicidad no consiste en la holgazanería!

» Era un día en que hacia un calor sofocante. En el palacio y en la ciudad todas las cortinas se hallaban corridas, y espesas velas de lona protegían lo interior de las casas contra el ardor de los rayos del sol: en el exterior las calcinadas piedras abrasaban los pies de los animales errantes, y los arroyos que se desprendían del Guadalquivir, y paseaban por algunas calles sus limpias y cristalinas aguas, estaban á la sazón enteramente secos. Al ver cerradas todas las casas, desiertas todas las plazas, y sumida la ciudad en el mas profundo silencio, no parecia sino que el angel de la muerte al pasar por Córdoba habia sumergido en el eterno sueño á la poblacion tumultuosa y alegre que prosperaba bajo el mando del mas justo de los príncipes.

» Qué hacia Abderramen, el gran califa, mientras los magnates rodeados de las ingeniosas precauciones del lujo y del bienestar, se hallaban al abrigo del astro abrasador, que resquebrajaba la tierra, y agotaba el agua de las fuentes?

» Abderramen, sorprendido por el calor del día á la vuelta de su expedicion matutina, se habia quedado dormido á la sombra de un olivo que estendia hasta los bordes del camino sus frondosas ramas, cubiertas de tristes y verdinegras hojas. Un cántico monotonó le despertó, y vió que el que cantaba en la llanura cuando el sol vibraba sus rayos con mas fuerza, era un pobre esclavo ocupado en cortar leña: estaba casi enteramente desnudo, corría el sudor por su cuerpo, y de su frente encorvada hacia el suelo caía gota á gota como si fuesen lágrimas. El califa se levantó, y seguro de que su grosero vestido no le daría á conocer, se acercó al esclavo.

«¿Cómo, le dijo, puedes trabajar con tanta alegría haciendo semejante calor?»

—»La verdadera alegría, respondió el esclavo, nace del contento de sí mismo: yo tengo derecho para estar alegre, porque lo estoy de mí.

—»Pero no de tu amo, que te expone á sufrir lo mas fuerte del calor. No sabe que á estas horas el menos humano de los arrieros busca un abrigo para sus acémilas? Tu amo es un hombre cruel.

—»Pero es mi amo!, repuso el esclavo continuando su tarea. Él no me ha dicho: «trabaja», porque soy su esclavo favorito, y me cuida lo mismo que á su hermoso perro de Granada; pero



ha mandado al viejo Hadji que corte este árbol; Hadji no tiene fuerzas, y caería agobiado antes de llegar á la cuarta parte de su tarea. Hadji es mi padre, nadie sabe que trabajo por él: esta

tarde cuando el amo venga á visitar su propiedad, encontrará cortado el árbol, y no pegará á Hadji.

»Después de hacer esta sencilla relacion, el esclavo se enjugó la frente, y prosiguió el canto monotonó, que habia interrumpido el sueño de Abderramen. El califa le contemplaba en silencio, viendo con que ánimo continuaba su rudo trabajo; pero de repente cogió una hacha que se hallaba en el suelo; la levantó con alguna dificultad, porque pesaba diez veces mas que la espada imperial, y después de algunos esfuerzos se acostumbó al peso del instrumento. Entonces se puso á cortar el grueso y copado árbol con tanto ardor como si el sol fuese menos sofocante, ó como si fuera esclavo del hijo de Hadji.—«Animo! le decia su compañero de trabajo.—Animo! respondia el califa, feliz con ser partícipe de una buena acción, y pasándose la mano por la frente para enjugar el sudor. Dos horas después el árbol estaba en tierra y hecho muchos fragmentos.

—»Gracias, hermano, dijo el esclavo al emperador; Dios te dé hijos que te se parezcan!

—»Adios, hermano, dijo el emperador al esclavo; Dios te oiga, y dé la libertad á tu padre.

»Aquella misma noche ya Hadji no tenia que temer que le castigase su amo, porque un oficial procedente del palacio de Zahara habia rescatado al padre y al hijo en nombre del gran Abderramen.»

Cuando el barquero acabó de cantar la séptima copla, se levantó Alhakem y dijo á Manson:

—«Siéntate al lado de Habon-Hanifé, y dame tus remos, á fin de que se diga que el hijo del poeta Adjaíd ha sido paseado en el Guadalquivir por un barquero que se llamaba Alhakem, hijo y sucesor del gran califa Abderramen.

Manson no queria admitir tamaño honor; pero Alhakem, empuñando los remos, le dijo: «honrándote á tí honro á tu padre, y no olvides que te debó ahora cuatro mil noventa y seis monedas de oro.» Cuando cesó de remar escribió.

«Consagrar todos los años una suma para el rescate de los esclavos ya viejos.»

### VIII.

«No, la felicidad no consiste en vivir muchos años!

»Era un dia en que Abderramen, jóven entonces, cruzaba la campiña, seguido de algunos oficiales de su corte. De repente tiembla su cuerpo, se doblan sus piernas, y cae en los brazos de los suyos. Muy cerca de allí se hallaba la cabaña de un pobre pescador, llamado Adjaíd, que mas de una vez habia deseado encontrarse con el que ya llenaba el mundo con el rumor de su gloria.

—» Tu lecho, buen hombre, dijo un oficial, poniendo en medio de la cabaña el cuerpo inanimado del soberano de Córdoba.— Tu lecho para el califa muerto! repitieron los otros, porque Abderramen no daba señal alguna de vida.

»Correos enviados á la ciudad esparcieron la fatal noticia: del palacio, de la capital, de toda la campiña acudió una multitud inmensa, y cuando el médico del califa dijo: «ha muerto,» todos se prosternaron.

»¿Qué hacía Abderramen, el gran califa, mientras el iman ú obispo invocaba al cielo por el alma que acababa de abandonar la tierra?

»Abderramen; privado de movimiento, y cerrados los párpados como si los oprimiese una mano de hierro, oía llorar á sus oficiales y á su pueblo, y al iman que decia:

—» Salud, noble víctima de la muerte! bastante has vivido para tu inmortalidad y tu gloria, pero muy poco para nuestra ventura.

»Entonces una madre se acercó con su hijo, y exclamó:

—«Salud á tí, que eras el apoyo de las viudas!»

»Un jóven se arrodilló, y dijo:

—«Salud á tí, que eras el padre de los huérfanos.»

»Un soldado ya viejo se acercó, y añadió:

—«Salud á tí, que honrabas al valor y la vejez!»

»Todos pasaron así por delante del lecho fúnebre, saludándole con los títulos de glorioso, virtuoso y benéfico. Pero el llanto cesó de repente, cesaron los gemidos, y un rayo de esperanza penetró en todos los corazones: el cuerpo inanimado del califa recobró el movimiento, abrió los ojos, desapareció la palidez de sus mejillas, y Abderramen se levantó poco á poco, incorporándose sobre la almohada.

—» Ah! bien lo decíamos, exclamaron todas las voces, no debía morir tan pronto.

—» Qué importa, dijo Abderramen, feliz con su dolor y su gratitud, vivir mucho tiempo, si los años no han sido empleados en beneficio de la humanidad? siempre se muere á tiempo cuando nuestra muerte es sentida.»

Alhakem se hallaba sobrado conmovido para que dijese una palabra al barquero: saltó de la lancha con Habon-Hanifé, y se dirigió á su palacio de Zahara.

Nada mas dice la historia acerca del barquero: sin embargo, es de creer que Alhakem lo recompensó con largueza, porque al cabo de muchos siglos se descubrió en las ruinas de la ciudad de Zahara el frontispicio de la puerta de un palacio, maravillosamente esculpido, y sobre el cual se leía en caracteres arábigos medio borrados: «PALACIO DE LOS HIJOS DE MANSON, NIETOS DE ADJAJID.»